

# BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,  
DE CADIZ.

---

## CONTRA LEY Y CONTRA FUERO.

En la última hora de *La voz del Litoral* correspondiente al 8 de Setiembre, léese el siguiente telegrama de la *Agencia Fabra*: «*Paris 9.*—La Sociedad Protectora de los animales, habiendo pedido al ministro del Interior que no diese la autorización para celebrar corridas de toros en Paris, el Sr. Boucher Cadart, director general de orden público, ha escrito al presidente de aquella Sociedad anunciándole que nadie había pedido recientemente autorización para dar corridas de toros, y que *todas las peticiones de esta clase y las que se hiciesen en lo sucesivo*, obtendrán por respuesta una rotunda negativa.»

Esto es Paris: veamos ahora lo que es Cádiz, y calle el patriotismo cuando ha de hablar la razón y ha de gemir la justicia.

---

Después de algunos años de lucha incesante y encarnizada contra el espíritu superficial y ligero de los meridionales y contra gustos arraigadísimos y generales en Andalucía, logró la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS de nuestra ciudad arrancar al poder local, entre desdenes y burlas de muchos ciudadanos *ilustrados*, unas adiciones á las Ordenanzas municipales redactadas en sentido proteccionista.

Hubo necesidad de esperar á que hubiera amigos en las corporaciones provincial y municipal y gente entendida y seria, para agregar influencias del afecto y de la confianza al poder de la justicia y el convencimiento.

La misma autoridad, á la que sin embargo no escaseamos los elogios por este beneficio popular, aceptó el testimonio de

Octubre 1.º, 1878.—Tomo V.—Núm. 7.



nuestro agradecimiento y hasta creemos que se admiró de la importancia que dábamos á nuestro triunfo, alarmándose un tanto por nuestra alegría. Transcendental debía ser la cosa, cuando con tanto énfasis se ponderaba y con tanto apresuramiento se le daba publicidad.

Las autoridades locales empezaron á reflexionar; mas, ó se quedaron sin entender bien todo el valor de la concesion, ó descansaron en el supremo poder de no hacer caso de las nuevas leyes cuando lo tuviesen por conveniente, ello es lo cierto, que nuestra SOCIEDAD tuvo bien pronto que reclamar la observancia de las nuevas Ordenanzas y que esto le produjo el trabajo de una lucha, el dolor de verse desatendida y la repugnancia de haber de censurar la conducta del Sr. Alcalde.

Posteriormente, otros hechos opuestos la han procurado la satisfaccion de tributar justos elogios; y sea por esto, sea porque la Autoridad ha olvidado generosamente ó ha reflexionado con sensatez, las relaciones más cordiales han vuelto á restablecerse y nuestra SOCIEDAD ha conquistado el puesto que la corresponde, por su importancia y su benevolencia, en el ánimo del Sr. Alcalde.

En tal estado las cosas, un acontecimiento lamentable nos obliga á levantar hoy nueva protesta, aunque con ella tengamos que lastimar otras entidades que ante nuestros ojos, ni tienen mucha más importancia que la del Sr. Alcalde, ni conservan valimiento alguno cuando se colocan fuera de su órbita y en antagonismo manifiesto, no ya con nuestra magnífica idea, sino con la ley municipal y contra el fuero sagrado de la religion, la cultura y la moralidad públicas, á las que se convierte en último resultado nuestra humanitaria institucion.

No por ser humilde una idea es pequeña; ni tampoco porque la forma aparezca con cierta modestia, es el fondo leve ni corto el alcance. Porque los séres de la escala zoológica ocupen en la naturaleza lugares inferiores al del hombre, no queda justificado el desden con que se les mira ni dispensado el rigor con que se les trata.

Antes bien, hay casos en que el hombre se muestra muy por bajo del animal; y de ese número son aquellos en que se le lastima con el desprecio y los malos tratos, á cambio de los beneficios y auxilios que nos prestan.

Háse reido demasiado al anunciarse la existencia de las So-



ciudades Protectoras en España; templada la risa, hánse levantado clamores de muchos géneros contra ellas; y sofocados en la discusión estos clamores, apélase por algunos al olvido de esas instituciones, por otros á la indiferencia y aun por ciertos á la provocacion y al encono.

Haciendo un gran favor á los que en Cádiz acaban de herirlas, con infraccion de la ley que las defiende y del decoro público que las aprovecha, hemos de creer que es el olvido quien ha dictado tal conducta: por más que, si pueden olvidarse las Sociedades Protectoras, no debiera pasar otro tanto con las exigencias de la humanidad, las prescripciones religiosas y las imposiciones del decoro público, conculcadas mediante las escandalosas fiestas que vamos á condenar.

El día 5 del corriente mes, aparecía en la gacetilla de *El Diario de Cádiz*, la siguiente local:

"VELADA EN EXTRAMUROS.—Los vecinos del barrio de la Primera Aguada ó Punta de la Vaca, deseosos de festejar al glorioso mártir San Severiano, soldado cuyo cuerpo se encuentra en aquella localidad, han acordado, *con permiso de la autoridad*, tener tres días de Velada, que serán el sábado, domingo y lunes próximos, bajo el programa que á continuación se expresa:

Día 7.—Por la noche, música y fuegos artificiales.

Día 8.—A las cuatro de la tarde, cucaña.—A las cinco, CARRERAS DE BORRICOS, música, fuegos artificiales, barricas y luz de Bengala.

Día 9.—A las ocho de la mañana, funcion de iglesia.—A las doce, reparto de pan y ropa, que costea el señor eclesiástico que cuida de la enseñanza religiosa.—Por la tarde á las cinco, cucaña y CARRERAS DE CARNEROS.—A las seis, SE DARÁ UN GALLO AL QUE LO MATE CON LOS OJOS VENDADOS.—Música, fuegos artificiales, y baile general en la plaza principal."

En primer lugar, desde luego se comprende que los honrados vecinos de la Primera Aguada, ni siquiera se acordaban del pobre San Severiano, ni podían sospechar que el santo les viniese ahora á dar ruido; es seguro que no les importa gran cosa que se le erijan capillas, ni menos que se le den los días de tan extraña manera. Con sorpresa supieron pues que se organizaban esas fiestas, y como de divertirse se trataba, acogieron el deleite sin agradecersele seguramente al Santo.

Uno parecía ser el intento de los festejadores y otro el propósito de los festejados; pero ambos muy distantes de lo que pudiera redundar en honra y culto del Santo, que muy necesi-



tado habia de andar de honores y sufragios, para enaltecerse y glorificarse con tanto escándalo y tanta crueldad.

¡Parece mentira que los pueblos den en tan lamentables errores, y sobre todo que den en ellos guiados por sus autoridades, en las que buenamente debe suponerse que residen el máximo de la ilustracion local y el más vivo celo por el bien público, y lo que es aun más grave, pero no por eso ménos frecuentemente, con el beneplácito y hasta el concurso del sacerdocio católico, como por todas partes se susurra que ha acontecido ahora en Cádiz!

Parece increíble que un sacerdote, un señor cura, á veces una Ilma. dignidad catedralicia, se despojen de su prudencia, de su tacto, del amor á las almas y de los altos respetos que se deben al traje y la posicion, para venir á colocarse, como pudieran hacerlo los cortadores de oficio ó los rudos toreros, al frente de esas fiestas crueles y groseras y en contra de la suavidad de costumbres y de la cultura general, tal y como frecuentemente lo hacen en casi todos los pueblos de España.

Es imposible que esto haya sucedido hoy entre nosotros: el rumor popular se equivoca: no siempre ha de ser verdadero el famoso adagio *vox populi, vox Dei*. En Cádiz, ni la autoridad, ni ménos el sacerdocio, ha ideado, presidido y consumado la tal fiesta. Alguien ó algunos enemigos de la religion y del gobierno, son por fuerza los que han organizado los festejos, los que han formado el programa, los que lo han dado por aprobado y los que han dirigido y realizado estos inhumanos, al par que ridículos, espectáculos.

Quienes quiera que fuesen, han incurrido en la lamentabilísima equivocacion, propia de atrasadas aldeas, de celebrar á un Santo con fiestas estúpidas y crueles. Han creído honrar á San Severiano, con lo que degrada al pueblo de Cádiz; han pensado que le sería grato el holocausto de la cultura y la ostentacion del estado de atraso en que se encuentra la clase baja de nuestra ciudad; han supuesto que esos alardes de barbarie, esas ridiculeces pueriles y esos ejemplos de una funestísima educacion, pueden subir al cielo rozando los altares, entre las nubes de incienso con que por la mañana envolvía el sacerdote el sacrificio incruento de una hostia tiernísima y santa.

Han creído todo esto, y la han errado dolorosísimamente; suponemos que la Autoridad no ha debido saberlo, porque no ha



podido creerse esceptuada del cumplimiento de las Ordenanzas municipales, y si lo supo, y si se creyó esceptuada de ellas, seguramente que no pensó lo mismo respecto de los deberes que tiene de velar por el renombre, ilustracion y decoro de este pueblo.

De lo que si se olvidaron los inventores de la fiesta, fué de la existencia de la SOCIEDAD PROTECTORA, y de la resolucion y valentia de su Junta Directiva para alzar la voz contra el pecado de lesa-humanidad y de lesa-religiosidad cometido por quien quiera que fuese, como se habría olvidado el Sr. Alcalde de las Ordenanzas municipales, y del amor á Cádiz, y del recto sentido, que siempre bastan á falta de Ordenanzas, si hubiese concedido autorizacion para tan vergonzosos festejos.

Pero nosotros no nos olvidamos de nada: nosotros hemos creido ver una especie de tribunal, que no queremos detallar por hacer á nuestra culta ciudad gracia de esta punzada, del que se desprendía un cierto husmillo democrático, que habríamos celebrado si lo hubiésemos visto inspirado en la moralidad, pero que no nos atrevemos á alentar en razon á la direccion que toma y al objeto en que se emplea: nosotros preguntamos con vivo interés, y deseando encontrar una disculpa para aquella triste obcecacion, á varios de esos vecinos de la Punta de la Vaca á quienes quiso festejar el extravagante tribunal por cuenta de San Severiano con tan nuevos y delicados espectáculos; y tales fueron sus respuestas y sus comentarios, y tales las personalidades señaladas por ese terrible censor que se llama *público*, que las ocultamos cuidadosamente por temor de que la indignacion del amor propio sublevado las declare falsas.

Y dentro de la ciudad, la sociedad tambien hacíase lenguas acerca de este asunto, y los más pacatos y aquellos á quienes el fanatismo no consiente poner el juicio libre sobre ciertas dignidades maltratadas, manifestaban tímidamente su estrañeza y escitaban á la indulgencia en la crítica y al silencio en la materia.

¡Ojalá un deber superior no nos hiciera abrir el labio, que tambien con sumo gusto estenderíamos las sombras del olvido sobre lo que jamás debió venir á la luz de la realidad.

Por lo que hace al Sr. Alcalde, nuestra conducta fué sencillamente la que debió ser.

El sábado 7, á las seis de la tarde, quedó en el Municipio el siguiente oficio que, por desgracia para Su Señoría y para el



HEMEROTESA  
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid

MADRID



pueblo á quien representa, no llegó á sus manos hasta el lunes 9. Esto no da una gran idea de la escrupulosidad en el servicio interior de la casa Ayuntamiento, ni garantiza la eficacia y pronta solucion de las cuestiones urgentes; pero haciendo justicia al Sr. Alcalde, diremos que al momento que recibió nuestra comunicacion dió orden para que se suspendieran las carreras de carneros y el apaleo del gallo, que debían verificarse aquella tarde.

Antes de seguir adelante, hé aquí nuestro oficio:

"Esta Junta Directiva se ve á su pesar obligada á molestar la atencion de V. S. distrayéndola de asuntos más agradables é interesantes sin duda para ese Municipio, para hacérsela fijar por un momento sobre un cierto programa publicado en la gacetilla del *Diario de Cadiz* correspondiente al 6 del corriente, y relativo á una Velada que se dice dispuesta por los vecinos del barrio de la Primera Aguada, para festejar al glorioso mártir San Severiano que parece encontrarse en aquel lugar.

Nada tiene que decir esta Sociedad respecto á la novedad introducida con esta Velada, porque es ya muy antiguo que los pueblos busquen para distraerse de su trabajo y de la práctica de las virtudes naturales, pretextos religiosos que suelen presentarles sin duda aquellos á quienes tales fiestas aprovechan: ni aun siquiera estraña esa rara é irracional alianza que suele establecerse entre la santidad del pretexto y la inmoralidad de los medios empleados en la realizacion del proyecto.

Razones de otro orden la impelen á hacer observar á V. S. la sorpresa que le causa el ver aprobado por la Autoridad un catálogo de fiestas que pugnan con lo prescrito en las Ordenanzas municipales, en cuya adiccion de 14 de Noviembre de 1876 se hallan expresamente prohibidas en los casos 1.º, 2.º, 10, 11 y 14 esas ridículas y crueles carreras de burros y de carneros, y esa repugnante barbarie con que se ofrece el *cadáver de un gallo* al que lo mate (no sabemos como) *con los ojos vendados*.

Pudiera esta Sociedad apelar al mismo principio religioso que se invoca para clamar contra la clara impiedad que se comete festejando á un Santo, siquiera fuese soldado, con unos espectáculos de degradante brutalidad y de perniciosa influencia para el pueblo, desmoralizando á las gentes y presentando un torpe ejemplo á la infancia, so color de un culto religioso en que parece que sólo debieran celebrarse unas con otras virtudes.

Pudiera también invocar lo que estos espectáculos rebajan el decoro de una ciudad que alardea de culta y se afana por merecer la fama de ilustrada y sensata, ante una Autoridad encargada de velar por tan caros intereses y de mantener, en honor y provecho de los ciudadanos, los fueros de la prudencia, de la morigeracion y de la dulzura en las costumbres.

Así mismo, en defensa del respeto que se debe á la moralidad pública y en alarma del daño que se hace á nuestro pueblo, á quien conviene mantener en hábitos de humanidad y templanza en la conducta y de sumision y de respeto á las leyes, pudiera levantar ante V. S. la voz, rogándole que se sirva apartar un elemento de educacion tan lamentable y de tan pernicioso ejemplo, y pidiéndole que haga cumplir las Ordenanzas, en que sábiamente se prohíben esas vergonzosas fiestas.



Pero solamente ciñéndose al cumplimiento del deber que la preside, esta Sociedad, en virtud de la protección que ejercita sobre los seres inferiores, tan bárbara y estérilmente maltratados por el hombre, y robustecida con lo dispuesto clara y expresamente en las Ordenanzas Municipales, acude á V. S. respetuosamente, suplicándole que haga cumplir la ley, atajando desde un principio esa práctica que hoy se inicia contra ella y contra el renombre de nuestra ciudad por los mal aconsejados vecinos de la Punta de la Vaca, y restablezca de esta manera lo que dejaron escrito sus ilustrados predecesores en el gobierno local y lo que reclaman por nuestra voz la cultura de este pueblo, la educación moral que debe darse á sus hijos y hasta esa misma religiosidad que se pretexto y que en realidad se lastima escandalosamente con tan torpes y humillantes diversiones.

Del alto respeto que, tanto V. S. como el Municipio que preside, sienten por la ley y por los principios de la moralidad, de su reconocido celo por el bien del pueblo, de ese mismo convencimiento en que se encuentra de la necesidad de ilustrarle y purificar sus costumbres y de la fuerza que han de hacer en su recto ánimo las razones que quedan apuntadas y otras muchas que habrán de ocurrírsele, espera esta SOCIEDAD que sean sus protestas apreciadas en justicia y complacido su ruego en beneficio de todos.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Cádiz y Setiembre 7 de 1878.—El Presidente, *Juan Copieters*.—El Secretario General, *Romualdo A. Espino*.

Sr. Alcalde de esta ciudad."

El Sr. Alcalde se dignó contestar á la SOCIEDAD de una manera que le honra y por la cual aprovechamos esta ocasión para felicitarle. Hé aquí su oficio:

"ALCALDIA CONSTITUCIONAL DE CÁDIZ.—En cuanto tuvo esta Alcaldía conocimiento de lo que se le noticiaba en su larga y bien pensada comunicación del 7, y en la que se trata de ciertas fiestas populares que, como se ha anunciado por los periódicos, debían verificarse en el Barrio de Extramuros, alguna de ellas contrarias á lo dispuesto en la ley, he prevenido en la orden al Comandante de la Guardia Municipal, que se recuerde á los agentes de mi autoridad velen por el cumplimiento de lo mandado en las Ordenanzas Municipales vigentes.

Lo que tengo el honor de poner en su conocimiento.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Cádiz 9 de Setiembre de 1878.—*José de la Viesca*.

Sres. Presidente y Secretario General de la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS."

Pero naturalmente, habiendo nuestro oficio tardado dos días en pasar de las manos del que le recibió á las del Sr. Alcalde, nada tenía de extraño que la orden verbal de su señoría emplease algunas horas en pasar del comandante de la guardia municipal á los agentes de punto en aquel sitio y de estos al tribunal que preside la fiesta en lá primera Aguada: así es que la orden no tuvo efecto y la barbarie se consumó.

Parece, sin embargo, que no hubo tales carneros: que las



carreras se redujeron á un par de asnos montados por chiquillos y que, á fuerza de palos y entre las risotadas de aquellos inocentes vecinos, atravesaban respingando la distancia marcada de antemano por el respetable y entendido tribunal.

Pasóse al fin al espectáculo del gallo; y este animalillo, mártir como San Severiano y condenado por los tiranos de la vida animal y del sentimentalismo humano, con ménos razon que la que desde luego tuvieron los verdugos del Santo para cortar su vida de un modo no tan cruel, suspendido por las patas recibió hasta espirar los palos que le asestaba una turba de muchachos armada de sendos garrotes y colocada una venda ante los ojos, como si no fuera bastante la que la inhumanidad ponía delante de sus tiernos y mal aconsejados juicios.

La hilaridad era estremada: cada vez que el palo rompía un hueso al animal y este lanzaba al aire, estremeciéndose de dolor, un grito plañidero, redoblaban las carcajadas de la inocente hueste infantil y la repugnancia de la gente sensata y compasiva: el espectáculo no defraudaba las esperanzas de sus organizadores; la cosa les parecía divertida.

Un individuo de la Junta Directiva de nuestra SOCIEDAD, acercóse á los representantes de la autoridad local en aquel sitio: les mostró el texto de las Ordenanzas impreso en una tarjeta que poseen para este fin todos nuestros consocios; pero la pareja municipal de servicio se negó ante todo á reconocer autoridad suficiente en el vecino de Cádiz para reclamar la obediencia á las leyes, manifestó que no tenía orden de impedir aquella inhumanidad que alejaba disgustadas á muchas personas del concurso, y concluyó por desconocer que le obligasen las mismas Ordenanzas ni que debiese obedecer á otras órdenes que las que emanasen de la autoridad local.

Consumóse, pues, la barbarie, apesar de las prescripciones municipales, de la reclamacion de la SOCIEDAD PROTECTORA y hasta de la buena disposicion del Sr. Alcalde defensor y cumplimentador de aquellas: consumóse contra ley de la cultura pública y fuero de la religion y de la moral, para daño de nuestro pueblo, de cuyos rudos instintos y mala educacion quéjense los primeros la autoridad y el sacerdocio, y con detrimento de nuestra proverbial fama de ilustrados y cultos, siendo así que á cada paso nos están dando dolorosas lecciones en este punto los pueblos extranjeros.



Ya lo veis: Francia pone en nuestras fronteras aduanas contra la barbarie: París rechaza en nombre de la civilizacion un espectáculo con que aquí nos solazamos todos los días: y las autoridades de la nacion limítrofe, tranquilizan á nuestra hermana la Sociedad Protectora de allende el Pirineo, declarada para honra y provecho de todos de *utilidad pública*, con la esperanza de que jamás las llamadas *fiestas nacionales* entre nosotros, afearán las costumbres parisienses con tan torpe mancha.

Contra tal obcecacion no queda más que un remedio; la protesta: la protesta enérgica, continúa é indefectible, contra todo espectáculo feroz y bárbaro y contra todos sus mantenedores, sean grandes ó pequeños, autoridad ó sacerdocio, muchos pocos.

No es la SOCIEDAD PROTECTORA la que sale al paso en las vías de la racionalidad y del progreso: son el insulto á la moral pública y el escándalo contra las buenas costumbres, los que vienen á colocar bajo nuestra férula, el fanatismo inconsiderado, la arbitrariedad enojosa y el abuso atrevido.

Nada vale tanto como una buena idea: si ha de enmudecer la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES contra los hombres, preciso es demostrarle que no tiene razon ni justicia, poder ni derecho.

Una última observacion: no faltará quien, para castigar nuestro atrevimiento, ya que no sea posible desbaratar nuestros argumentos ni sofocar nuestras quejas, apele al recurso de acusarnos de irreligiosos y de osados contra la Iglesia en las personas de sus ministros; que no es raro el intento de trasladar á la Institucion lo dicho vagamente contra sus figuras, ni poco frecuente el error de juzgar que el traje sacerdotal escuda contra los cargos más justificados y por tanto faculta para las empresas más graves y censurables.

No estará, por tanto, de más, que protestemos de un modo expreso contra esta manera de discurrir, consignando que entendemos haber cumplido con el deber ineludible que se desprende de nuestra mision social, sin ofender por eso en lo más mínimo ni la grandeza y santidad de la idea cristiana en general, ni la respetabilidad y decoro del clero católico en particular; puesto que no sería justo atacar al sacerdocio gaditano por una dolorosa, y esperamos que pasajera, tolerancia de algunos individuos á quienes, tal vez designa como autores, más



que la justicia, la maledicencia popular, y los cuales, aun habiendo pecado, serían solamente responsables como hombres aunque les agrave su falta el carácter sacerdotal; y por otra parte, sería irracional y absurdo trasladar á la idea religiosa los defectos y extravíos de los hombres, para exigir de aquella responsabilidades que sólo se entienden referidas á las personas.

Nuestra censura, ó si se quiere nuestra acusacion, se halla muy distante de la Iglesia católica á la que profesamos el mayor respeto: aun más: tambien la hemos formulado léjos de toda personalidad y por eso nos hemos guardado muy bien de dar acogida al rumor público, por uniforme y firme que nos haya parecido. Perseguimos el error que es el que daña; no al hombre que respetamos hasta en sus imperfecciones: queremos que se castigue la infraccion de la ley y la falta contra el fuero público, que se agravarian sin duda si alguno de los contraventores tuviese, como se asegura, carácter sacerdotal y hasta dignidad catedralicia, más nada tenemos que decir en otro sentido, ni nada que ver con los autores de este desgraciado suceso, como no sea lamentarlo por lo que daña, y condolernos por la contrariedad de tener que combatir lo que hubiéramos querido enaltecer y elogiar.

Tal vez esta SOCIEDAD, ó, lo que es más lamentable, los individuos de su Junta Directiva, incurran en inolvidable exceso é inestinguible enojo para con algunas personalidades aludidas á nuestro pesar aunque en secreto; ¡paciencia! tampoco hay que temblar por ello, porque con tranquilidad de conciencia y satisfaccion moral, el ánimo no se dobla ni se estremece por nada ni por nadie. La SOCIEDAD PROTECTORA vigila en los umbrales del alcázar de la humanidad, de la civilizacion y la cultura, y no puede dejar pasar ningun atentado contra la naturaleza, contra la justicia ni contra el sentimiento moral, ni perdonar á su autor, sea chico ó grande, individuo ó grupo; porque, ya lo hemos dicho, nada vale tanto como una buena idea; y porque el espíritu severo de la verdad y la justicia, no puede quemar como ofrendas las ideas divinas en los necios altares de la vanidad humana; sino más bien obligar á la humanidad entera á que se postre ante el pensamiento grande, el propósito noble y la obra bella y provechosa.

*Por la Junta Directiva*  
EL SECRETARIO GENERAL.



## LO DEL 9 DE SETIEMBRE.

Despues que me vi en Madri,  
yo os diré lo que ví.

LETRILLA DE QUEVEDO.

Eran las seis en punto de la tarde, cuando llegaba yo al barrio de la Punta de la Vaca. Aunque los festejos dispuestos para aquel día se habían anunciado como permitidos por la Autoridad, no podía yo creer que se verificasen, y mucho ménos cuando la SOCIEDAD PROTECTORA había llamado la atencion del Sr. Alcalde sobre ellos, rogándole que los prohibiese en cumplimiento de las Ordenanzas municipales; pero, una vez conocidos los humanitarios instintos de los organizadores de la fiesta y su fecunda inventiva en materia de suplicios, abrigaba yo ciertos temores de que, al verse privados de los crueles regocijos que tenían proyectados, pudieran improvisar otros que, por ser de la misma laya, también reclamasen la intervencion de la SOCIEDAD PROTECTORA. Por esa razon me encaminé hacia el teatro de los sucesos en la tarde del 9 de Setiembre.

Llegué, pues, como decia, á la Primera Aguada; y apenas me hallé en el puente del ferro-carril, cuando distinguí en el extremo del mismo un grotesco grupo, que me hizo vacilar un tanto en mi firme conviccion de que no se realizaria el anunciado programa.

Un muchacho, como de unos catorce á diez y seis años, vestido con un pantalon y una camisa, sin zapatos, pero cubierta la cabeza con un viejo sombrero de copa, se hallaba montado en un burro y armado con una formidable vara. Rodeábanlo como hasta una docena de chiquillos, desarrapados y descalzos, pero uniformemente provistos de una vara ó un palo, destinados á acelerar el cansado paso del pobre animal, cuya menguada suerte le había traído á la triste condicion de ser la víctima de aquellos verdugos en miniatura, para mayor honra y gloria del Sr. San Severiano, y para más agradable solaz y divertimento de los benditos varones que semejantes festejos idearon. Al trasponer aquel bullicioso grupo, tan pintoresco para un artista de género, como poco tranquilizador para un protector de animales, divisé otro análogo, que por el estrecho callejon que se continúa desde el puente venia á situarse al lado del primero para emprender desde aquel punto la carrera. Igual cabalgadura é idéntico ginete; el mismo aspecto bajo el punto de vista indumentario, y la propia algaraza; es cierto que faltaba el típico sombrero de copa; pero en cambio no podía echarse de ménos la ausencia de las inevitables varas, que esta vez venían en continuo ejercicio.

Haciéndome á un lado para dejar pasar la avalancha, penetré en la plazaleta del barrio, lugar designado para los festejos; y á los pocos instantes ví venir los dos pobres burros, que apresuraban cuanto podían el



paso, doblando resignadamente la cabeza bajo la lluvia de varazos que les sacudían sus ginetes y la turba multa que les rodeaba. Dos veces vi repetirse este espectáculo; y la verdad es, que, áun prescindiendo de la repulsion que inspira á cualquiera persona de mediana sensibilidad el ver abrumado á golpes y convertido en objeto de burla y escarnio á un utilísimo y sufrido animal, prescindiendo de esto, ninguna gracia ni atractivo presentaba la tal diversion, porque las condiciones de uno y otro asno eran tan desemejantes, que no podían dejar lugar á duda sobre cuál de ellos sería el vencedor.

Agil y vivaracho el uno, y pesado el otro y de tardo paso, adelantábase el primero en el instante mismo de la partida, y llegaba á la meta cuando el segundo apenas había logrado promediar la distancia. Sin grande esfuerzo se comprenderá la descarga cerrada de garrotazos, empujones y contusiones producidas por las puntas de las varas, esgrimidas á guisa de arma blanca, que sufriría el pobre animal, cuyas cansadas fuerzas no le permitían disputar el primer lugar á su colega, para desgracia suya y humillacion de su caballero y áun del coro de querubines que de escuderos le servían. Inútilmente traté de hallar algun agente de la Autoridad á quien dirigirme para reclamar la supresion de aquel cruel pasatiempo; pero en cambio, apercibí en medio de un alegre grupo y bajo una parra ó yedra que entrelaza sus frondosos brazos artísticamente dirigidos, para formar uno como túnel de apacible y fresca sombra que dá ingreso á una pintoresca casita, dos señores sacerdotes, que en traje de casa y muy reposadamente arrellanados en cómodos asientos, entretenían una animada plática, sin quitar por ello ojo á los pobres burros que eran á la sazón los héroes de la fiesta. Parecióme notar en sus benévolos semblantes mayor satisfaccion de la que el caso reclamaba; hasta cruzó por mi imaginacion la idea de que aquellos señores podían (no me atreví á pensar que debían) interponer su respetabilidad á fin de que cesase aquel bárbaro é inhumano espectáculo; pero tambien pensé inmediatamente, que habrían juzgado sin duda alguna poco prudente exponer su respetable dignidad á un brusco desaire ó un grosero insulto, que no otra cosa debía buenamente esperarse de los inventores de la fiesta; y calculando que aquellos ministros del altar lamentaban para sus adentros, tanto como yo, los actos de barbarie que presenciaban, fui á sentarme no lejos de ellos, y al lado de unas amables señoras que tuvieron la bondad de ofrecerme un asiento.

Casualmente hallábase apoyada mi silla contra la pared de una casa, cuya puerta no cesaba de abrirse y de cerrarse, para dar paso á numerosas personas, que con gran precipitacion allí acudían. Pregunté qué era aquello, suponiendo que sería algun baile ó reunion en donde se pasase agradablemente el rato, en cuya idea me confirmaba la circunstancia de que la mayor parte de las personas que veía entrar, eran muchachas de aquel barrio, muy vestiditas de gala y muy llenas de cintas y de flores;



pero ¡oh, desencanto! supe que allí *se corría un novillo*. Tanto hemos progresado, que ya puede cualquier ciudadano proporcionarse corridas de toros á domicilio.

Parece que el dueño de la casa, que es un torero retirado, obsequiaba á sus convecinos con una reduccion casera del grandioso espectáculo nacional. Allí se lidió el toro, se picó, se le colgaron banderillas, y por último se le dió muerte, mientras yo me daba á reflexionar sobre si aquello era permitido, puesto que, si bien el hecho no se verificaba *en la vía pública*, lo cual lo colocaba fuera de las condiciones exigidas para la aplicacion de las Ordenanzas protectoras, creo que había bastantes razones para que, aun atendiendo únicamente á la pública seguridad, se hubiese denegado el permiso para la corrida.

No había terminado ésta aún, cuando ví llegar á la plazoleta un hombre que traía un gallo cogido por las patas, y con la cabeza hacia abajo. Entónces comprendí con indignacion que se habían de ejecutar todas las atrocidades anunciadas en el programa; y dispuesto á hacer cuanto me fuera posible para evitarlo, emprendí una nueva odisea en busca de alguna autoridad ó dependiente de ella, habiendo tenido esta vez la fortuna de encontrar á la pareja de municipales de punto en aquel barrio. El diálogo que medió fué, casi al pié de la letra, como sigue:

—Buenas tardes, señores: ¿tienen Vds. noticia de la clase de diversiones que se están verificando en este lugar?

—Sí, señor; me contestó uno de ellos, no de muy buen talante.

—¿Y no tienen Vds. orden de impedir las?

—No; nada se nos ha dicho.

—Muy bien; pero las Ordenanzas municipales de Cádiz prohíben maltratar á los animales en la vía pública. Vean Vds., proseguí sacando del bolsillo la tarjeta de la SOCIEDAD; aquí está el texto de las Ordenanzas en lo que se refiere á este punto; y principié á leerlo.

—Todo cuanto V. diga y todo cuanto lea es excusado; me interrumpió uno de los guardias con desabrido tono; nosotros sabemos muy bien lo que disponen las Ordenanzas, pero no reconocemos en V. autoridad alguna para obedecerle, mientras no nos diga quién es y nos demuestre tenerla.

—No se trata aquí de quién soy yo, ni hay para qué; yo no invoco autoridad propia: invoco la ley, que nos obliga á todos, y especialmente á los encargados de hacerla cumplir: yo no soy otra cosa que un vecino cualquiera, que en uso de su perfecto derecho, requiere á Vds. al cumplimiento de las Ordenanzas.

—Ya he dicho á V. que no tenemos orden para ello.

—¿De forma que se niegan Vds. á atender á mi reclamacion?

—Sí señor, porque nosotros no *tenemos más que hacer lo que nos ordenan nuestros superiores*.

—Pues queden Vds. con Dios, exclamé retirándome convencido de que



era empresa imposible persuadir á aquellos hombres de que existe algo por encima del capricho del que manda, que es la ley escrita, la cual obliga siempre, áun á despecho de los que quieran desconocerla; y sobre todo, de que el agente más subalterno de la Autoridad tiene el derecho imprescriptible y el deber inexcusable de hacer que se observe la ley, sin necesidad de orden ni advertencia especial para cada caso, sino pura y simplemente en cumplimiento de las funciones de su cargo.

Disgustado por el mal éxito de mi tentativa, y habiendo sabido por los guardias que no había allí ningun otro delegado de la Autoridad á quien dirigir mi reclamacion, volví á mi observatorio, resuelto á presenciar lo que allí sucediera, para poder referirlo con todos sus detalles, á fin de que se pudiera exigir la responsabilidad á quien correspondiese.

Ya se hallaba el gallo colgado de una cuerda, que desde un mástil plantado en el centro de la plazuela para servir de eucaña, iba á otro sujeto al emparrado de la casa á que hace poco aludí. Más de media hora permaneció el animalito en aquella incómoda posición, sujeto por las patas y con la cabeza hácia abajo, y ostentando un lazo grana para mayor refinamiento de crueldad. Aguardábase, como despues supe, á que se terminase la corrida, para que todos pudieran *disfrutar* del grato espectáculo; pero miéntras tanto, los muchachos, que con grande algazara rodeaban á la víctima, ensayaban su destreza asestándole golpes con cañas y con palos, no sin disgusto del encargado de organizar y dirigir aquella *diversion*, quien á cada golpe que la pobre ave recibía, tiraba furioso de la cuerda, para ponerla fuera del alcance de sus verdugos, produciéndole atroces sacudidas, quizás más dolorosas que los mismos golpes. Por fin, abrióse la puerta del corral y salió el público muy satisfecho de la corrida: entónces principió ya formalmente el martirio de la infeliz gallinácea. Unos cuantos chicos, á quienes se les vendaban los ojos y se les ponía en las manos un grueso baston, fueron desfilando por debajo del ave, sacudiendo terribles garrotazos, en medio de la gritería del corro que en torno se hallaba formado. Los golpes en vago eran acogidos con grandes carcajadas y silbidos; cuando alguno acertaba á alcanzar á la triste víctima, no faltaban chicos que aplaudieran; pero en honor de la verdad, se oían muchas voces de conmiseracion, sobre todo entre las mujeres. El animal se retorció con horribles convulsiones, aleteaba desatentadamente, y con el pico abierto y la respiracion anhelante, lanzaba lastimeros gritos, como si pidiera al cielo justicia contra sus sanguinarios verdugos. La indignacion me cegaba; por un momento me creí transportado á las regiones del Africa central; pero no; me hallaba en Cádiz, en la culta é ilustrada Cádiz, la primera ciudad española que ha visto formarse en su recinto una SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES, y la primera tambien que ha elevado á ley la idea de proteccion. De pronto, un fuerte clamor de los espectadores y un movimiento en el apiñado grupo, anunció





que la fiesta había terminado. Un golpe, más certero que los demás, aplastó la cabeza de la infeliz ave, que lanzó un supremo y desesperado grito, y cayó inerte y laxa

.....*come corpo morto cade.*

En aquel momento aclaróse un tanto el grupo y divisé, con gran sorpresa mía, á uno de los sacerdotes que ya ántes había visto, siempre bajo el verde arco de follage; no sé si estaba el otro; yo sólo pude apereibir uno por entre el gentío. A una señal suya descolgaron el gallo, y se lo entregaron á su asesino. Extrañóme la presencia de tan respetable personalidad en aquel acto, y más aún su aire alegre y complacido y su acción imperativa; procuré informarme, y hé aquí la explicacion que obtuve de todo lo ocurrido: Las fiestas eran costeadas por los vecinos del barrio, y la comision organizadora y aún iniciadora, estaba compuesta de aquel buen señor, que, segun me dijeron ocupa un elevado puesto en el Cabildo Catedral, en union de un corredor de reses, antiguo banderillero, conocido por *el Cuco*, y del dueño del ventorrillo de enfrente. A esta heterogénea *trimurti* debíamos, pues, si mis informes eran verídicos, los escandalosos hechos que allí se estaban presenciando, para baldon de nuestra ciudad, tormento de las personas que abrigan sentimientos humanitarios, perversa educacion de la infancia, y escarnio de la ley y de la Autoridad.

Pero ya han terminado las crueldades, y en verdad que ya era tiempo. La noche ha cerrado; la cuerda que sirvió de patíbulo al pobre gallo, ostenta ahora una guirnalda de farolillos, cuya pálida luz se esfuerza inútilmente por iluminar el oscuro recinto, bien así como nuestra *SCIEDAD* se afana por enviar destellos de caridad y benevolencia al lóbrego fondo de tantas conciencias; los cohetes hienden el espacio y se elevan rápidos en la atmósfera, como si pretendiessn escalar el empíreo para ir á contar al glorioso San Severiano las barbaridades con que en la Tierra se intenta celebrar su triunfo; enciéndense hogueras, cuya tradicional práctica, que á falta de monumentos arquitectónicos nos dejaron los fenicios, trae á la memoria la suave y apacible condicion de aquellos nuestros primitivos civilizadores, que hallaron medio de hacer incruento y agradable el sanguinario culto de Moloch, mientras que en pleno siglo XIX de la era cristiana se mezclan fiestas bárbaras y crueles con las ceremonias de una religion de paz y mansedumbre; los chicos discurren en bulliciosos grupos, recordando las emociones de la tarde, que tal vez lleguen á dar su triste fruto conduciéndolos más adelante á algun establecimiento penal, en donde puedan entonar acciones de gracia á los que tuvieron la feliz inspiracion de hacer objeto de fiesta y regocijo los atroces sufrimientos de unos pobres animales, y muy especialmente, si lo que allí se me aseguró es cierto, al señor eclesiástico que cuida de la enseñanza religiosa (como reza el programa de los festejos) por haber impremeditadamete contribui-



do á familiarizarlos con el mal, encalleciendo sus corazones; los ventorrillos brindan con el grato zumo de la vid á los devotos del santo confesor de Cristo allí congregados, y los alegres ecos de la banda les invitan al animado baile...

*Nunc est bibendum, nunc pede libero  
Pulsanda tellus.*

Terminemos, pues, este relato; pero no sin lamentar que se celebren fiestas como la que referida queda y de la cual fui testigo presencial, pudiendo por tanto certificar de todos sus detalles; que la Autoridad no la impidiera á tiempo, ni sus agentes se hallen dispuestos á cumplir su deber cuando se les requiere para ello, ya que espontáneamente no lo hicieren; y por último que en espectáculos de tan repugnante sevicia se hallen mezclados nombres de individuos respetables por su ilustración, por el sagrado ministerio que ejercen y por su elevada gerarquía. Extraño es que personas en quienes concurren tales circunstancias, parezcan menospreciar los deberes del hombre para con los seres inferiores, tan clara y propiamente expresados por un ministro del altar en las elocuentes y tiernas frases que copio para concluir.

"El deber se extiende á todos los seres, porque todos tienen su puesto señalado en el Universo; todos desempeñan en él, sujetándose á las miras de la suprema sabiduría, obligaciones que ella no quiere que se interrumpan; todos, en fin, gozan del don divino, y tienen derecho para gozar de él. Destruir uno sólo por mero capricho, ó imponerle padecimientos inútiles, es una acción mala y opuesta á las leyes eternas del orden.

"Respetad á Dios en sus menores obras y que vuestro amor, como el suyo, se extienda á todo lo que respira y vive.

"Si al dotar al hombre de inteligencia le ha hecho rey de la naturaleza, no ha querido por eso que fuese su tirano. Su ojo, que todo lo ve, tiene también una mirada paternal para el pobre gorrioncillo que palpita prisionero en vuestra mano."

¡Ojalá que tan moral y religiosa enseñanza, que parece inspirada por el mismo San Francisco de Sales, la tuviesen todos siempre muy presente, y muy en particular los que bajo cualquier concepto se hallan encargados de la educación y enseñanza religiosa!

J. DE RIVAS.